

Y vaya que se presentan casos en este mundo: ¿de quién te figuras que es mi adorada parienta cercanísima? Pues de Jecker, hombre, de Jecker, del famoso Jecker; la pobre se casó con el chico de Olivos, mediante no sé qué sucesos melodramáticos, y como Germán tuvo vergüenza y se salió de la corte, ha andado con todo y nuera buscando alguien que se apellide republicano de buena ó de mala manera á fin de ofrecerle sus servicios y su persona. Ha andado ya por San Luis, por Jalisco, por Michoacán y ahora está aquí, pues el muchacho se halla al lado de Corona.

Yo voy á ver si le quiebro el ojo al diablo, y si dedicándome á amar á tan bella criatura consigo que ella me quiera un poco.

Esas esperanzas sostienen á tu amigo,

*El Nigromante.*



CARTAS DE LA GUERRA



MIGUEL Caballero de los Olivos, á Eugenia Jecker  
y Ubiarco, su mujer.

El Rosario, 1865.

Hijita mía de mi corazón: no recuerdo si la carta era muy larga ó si el tiempo era muy corto; lo que sí recuerdo es que te escribí muy compendiosamente lo que hubiera debido poner con muchos detalles y pormenores, á fin de que no te cupiera duda acerca de por qué no me reuní con ustedes tan pronto como quise.

Al desembarcar en Acapulco me proponía, ante todo, pasar á Michoacán, incorporarme á Arteaga y á Salazar y correr la ventura que el cielo quisiera depararnos; pero ¡mala peste! cuando más decidido estaba á ello, un amigo que no sé si maldecir ó bendecir me habló de lo apretado

de la situación de los republicanos, de su falta de armonía, de su indisciplina y de su poca significación. Y cuando yo le argumentaba con la necesidad de estar contigo y con mis padres, él me rebatió diciendo:

— ¿De qué época es la última carta que le escribió á usted la señora? ¿De Octubre del año pasado? Pues jure que no está en Michoacán, porque su padre de usted, que según me cuenta es persona sensata, de seguro se separó ya de aquellos liberales. En ese lado, Arteaga pelea con Salazar, Salazar con Régules, Régules con Riva Palacio y todos con todos... De allá vengo y le puedo decir la neta. En Occidente todo va como unas mialmas: con decirle que yo, que soy reparón y difícil como un padre confesor de monjas, estoy asombrado con lo que pasa, le digo todo. Allá tenemos manera de echarle bala al francés hasta que se nos canse la mano, y hay jefes que... ¡alabada sea la Virgen! Ya no les pongo defecto como valientes á todos estos; pero si sacamos á mi general Salazar y á mi general Régules... En fin, que me tienen muy ofendido. Cogemos aquí el primer barquito que quiera llevarnos á San Blas, nos internamos en el Nayarit para evitar la persecución de los imperialistas, que ocupan el terreno llano, salimos al Rosario, y allí... ancha es Castilla: estamos en los dominios de Corona, de Ángel Martínez y de toda la bola de liberales... En Sinaloa es muy fácil para usted informarse de los suyos, hacerles salir de donde es-

tén, llevarles á su lado, atenderles en sus gastos y tener cuenta con todo lo que se refiera á su vida... ¿Qué dice? ¿Se anima? ¿Le hace frente? Por aquí, puede estar seguro de que no pasará el Mexcala sin que no le aprieten el pescuezo y no llegue ni Dios á enterarse del asunto: por allá también tiene usted riesgo de perder, pero en cambio lleva muchas probabilidades de ganar; y ¡qué diablo! si le dan un tiro, usted antes se lleva muchas cabecitas... Y cuando todo turbio corra, y nos derroten los franceses y nos obliguen á evacuar aquello, pues, amigo, con taparnos las narices, sumirnos un poco y aparecer en San Francisco de las Californias, todo queda al pelo... Pero, ¡figúrese usted si van á acabar con nosotros! á mi buen tanteo, tiene México por Occidente como mil leguas de costa; ya verá el gentío que necesitan los gabachos para dominar



en eso... Y si consiguieran dominar, piénsele no más cuántos miles necesitarían para el interior... Allá no hay pierde, amigo capitán, allá no hay más que una oportunidad que no sé cómo se presente otra, de darles á los pillos hasta en el cogote... ¿Qué dice? ¿Le hace frente? *Obrediós...*

El capitán Ginés Martínez es hombre flaco, de miembros mal compuestos, atezada la color, de pelo crespo y escaso y de ojos chiquirritines, rojizos y encapotados; la estatura es alta, la voz ríspida, los dientes buenos. Cuando se le ve accionar parece que se mira á un monazo vestido de charro dejar caer sus brazos descoyuntados, menear la cabezota, reirse y bailotear: se extraña no verle trepar á los árboles, contando como cuenta con unos pies cuadrados, grandotes, que parecen llevar desde su nacimiento el cuero crudo que les cubre, y con unas piernas escuetas, flacas y apretadas de tendones que no tienen pantorrillas ni para remedio. Cuando habla, hace la misma cara que un mono comiéndose una nuez, y cuando se ríe abre una boca grandota y unas encías cafés que muestran hasta la muela del juicio.

Yo no deseaba otra cosa que encontrarme con un hombre así, con un hombre que, habiendo andado las siete partidas del mundo, fuera capaz de pilotearme llevándome por los bajos intrincadísimos del piélagos militar y político de estos tiempos. Me convenía, pues, el hombre, y en sus manos me puse suplicándole se apiadara de mi inexpe-



... tomamos nuestro pasaje el excelentísimo Pasamonte y este honrado...

riencia. Él prometió socorrerme en mi cuita como generoso, dándome lecciones que habría que oír.

— Le digo que desde Juárez y Ortega hasta el último subalterno, todos son para mí como la retama. A todos les conozco como si les hubiera acabado de desensillar. Yo le sé podridas hasta al lucero del alba... ¡Ay, las cosas que he visto! Por eso dicen que para Ginesillo de Pasamonte, como me puso Guillermo Prieto, no hay hombre vivo, ni mujer honrada, ni caballo bueno... Y no le extrañe oírme llamar Pasamonte, porque así me dice todo el mundo: á mí mismo me pasa olvidarme de que soy Martínez, hijo de Andrés y de Antonia Correa, y creo que en efecto me llamo Pasamonte ó Parapilla, como me puso ese diablo de versero del Guillermo... Ni me pregunte qué quiere decir eso de Pasamonte, porque ni lo sé ni nunca lo he sabido. Allá un muchacho del primer ligero de Toluca — le perdimos en Calamanda, murió de un balazo aquí, en la caja del cuerpo, Dios le guarde — me decía que ese nombre era sacado de la historia de un loco ó de un general ó no me acuerdo de qué. Pero, en fin, Pasamonte ó Parapilla ó Martínez, me tiene á sus órdenes. Usté está muy tierno, muy mocito y al fin y al cabo necesita dirección. Véngase conmigo y verá cómo no se arrepiente.

En la primera canoa con honores de goleta que tuvo á bien pasar para Occidente, tomamos nuestro pasaje el

excelentísimo Pasamonte y este honrado y valiente capitán, y luego que dimos tierra en San Blas y conseguimos caballos y guías que con nosotros se metieron en la sierra, emprendimos el viaje hasta el Rosario, de donde hoy te escribo.

En la próxima verás lo que en ese viaje le pasó á tu  
*Miguel.*

DEL MISMO Á LA MISMA

Rosario, 1865.

Génie de mi alma: mi amigo Pasamonte me proveyó de mula, silla, sombrero jarano, armas de agua, dos talegas para los alimentos y todo lo demás que podía necesitar.

— Con los cincuenta pesos que le tocaron á usted después del guante que echaron los amigos de Acapulco, apenas alcanzaba para tantísima compra como había que hacer. Sin embargo, le salvé siete pesos tres reales y tres tlacos que nos servirán para el camino.

Y sacando un librito de memorias empezó á leer:

— Mula tordilla comprada á *Grabiél* Angeles, ocho pesos tres reales.....

— Déjeme usted en paz: no quiero oír una palabra.

— Es que todo está en regla.

— Pues porque está le mando á usted que se calle la boca.

— Como usted quiera, pero ya sabe que las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

Y emprendimos nuestra ruta, yo gozoso y lleno de placer porque ya sabía que contaba con un destino; Pasamonte, haciendo gala de una indiferencia que parecía la tranquilidad de un ídolo de chiluca, en que apenas hubiera modelado el artífice primitivo agujeros que indicaran el lugar de las narices, los ojos, la boca y las orejas, miraba todo inclinado sobre la minúscula cabeza de la silla de su bestia, componiendo alguna gualdrapa ó grupera que salían de su lugar ó fumando algún cigarrillo con el gesto simiesco que es su especialidad.

Y el espectáculo merecía alguna atención mayor que la que le dedicaba mi mentor: ora enormes montañas coronadas por gruesos pinos que despleaban en la altura, como lujuriosos pabellones, sus cimas verdes que el viento agitaba con estrépito; ora barrancas profundísimas; ora enormes acantilados bajo los cuales se agitaban las nubes, rugían las tempestades y se contemplaban campos inmensos, sementeras bien cuidadas, pueblecillos que se ocultaban en las gargantas de las montañas y que parecían hechos en una cáscara de nuez y el mar que se desarrollaba como el dorso de una serpiente de plata que corriera de norte á sur, de oriente á poniente, de uno á otro viento, llenándolo y alumbrándolo todo... Hacíamos noche algunas veces en algún ranchuelo insignificante en que no sabían

hablar español más que el cura y el maestro de escuela, si acaso les había ó había siquiera uno de ellos; otras en poblachos que ostentaban hierba en las plazas y calles, y en que no se veía un rostro humano; otras en haciendas colosales, amuralladas, almenadas, llenas de torres, garitones, puentes y aspilleras y hechas para resistir la acometida de todas las legiones que vomitara la serranía.

Y mientras yo me admiraba con aquellos primores, y deseaba unas veces detenerme á mirar una cascada, y otras contemplar un río y á veces examinar una planta y á ratos dormir una siesta ó guarecerme de una tempestad, el maldito *chango* me hacía seguir siempre, empujándome sin cesar, como si hubiera sido el Judío Errante y yo un arrendajo suyo.

— Andele, amigo, que no tenemos tiempo de irnos deteniendo. Podemos caer en manos de Lozada, y entonces, anda vete; nos fastidiamos... ¿De modo que usted no conoce á Lozada? ¿Pues entonces á quién conoce, amigo? Le dicen el rey del Nayarit... ¡Epa, mula, *Golondrina*, no te espantes!... Si hasta los animales le tienen miedo: no más de oírle mentar hasta se les arruga el cuero.

Este indio, este pobre que ve, con su costalito al hombro y su cara de idiota, luego que recibe la orden de Lozada sale más que de prisa: con armas si tiene armas, desarmado si no tiene machete ni fusil, siempre con su guaje para el agua y su saca de pinole... Y cómo se trans-

mite la noticia de Acaponeta á Santa Teresa, de Santa Teresa á Mezquitic, de Mezquitic á Santa Catarina, de Santa Catarina á las Lajas, es cosa que sólo ellos saben; es el caso que ya quisieran nuestro gobierno ó el de Maximiliano ó cualquier gobierno del mundo, contar con los medios de comunicación con que este bandido cuenta...

Volvió el rostro el guía, que iba andando delante de nosotros sin más envoltura que su taparrabo adornado con grecas, y el buen Parapilla prorrumpió, luego de descabezar un cigarro:

— ¿Que quién es? No se lo digo porque se necesitaría un año para contárselo: Manuel Lozada, como se llama el rey del Nayarit, nació en el pueblo de San Luis—San Luis de Lozada le dicen ahora por más señas.—Era un muchacho cerril y sin instrucción cuando se le ocurrió *jurtarse* á una indita de la propia hacienda en que vivía. El propietario montó en cólera, y como el muchacho había huído, mandó poner presa, meter en el cepo y azotar á la madre del delincuente, que murió á consecuencia del bárbaro recurso. Nunca lo hubiera hecho; volvió el indio, entró á la finca, hirió al dueño, se llevó consigo animales y aperos de labranza, reclutó á la mayor parte de los hombres útiles del rancho y se marchó á la sierra. A poco las persecuciones del gobierno y la protección de los Barron, que necesitaban de él para sus contrabandos de platas, le hicieron grande: empezó á hablarse del indio fuera del

cantón de Tepic, de Guadalajara se enviaron tropas destinadas á llevarle vivo ó muerto, se organizaron batidas, se puso á precio la cabeza de Lozada, se le dió varias veces por muerto... Todo aquello no servía más que para que el muy bribón se creciera y para que los indios pensarán: pues tanto nos le persiguen, debe de valer mucho. Se formó entonces una guardia de honor de Lozada; todos los indios se creían obligados á morir por él, todos buscaban su compañía y hasta hubo gentes civilizadas que en papeles escritos le llamaran «el vengador de la raza indígena», «el que había de rescatar su país del dominio de los blancos», «el que había de devolver á los pueblos las tierras que les habían quitado los hacendados»...

De Lozada se dice todo: unos cuentan que es generoso, honrado valiente y bondadoso; otros le pintan como un indio que por vengativo, cruel é ingrato debe espantar á los de razón. Lances sobre el rey del Nayarit... los hay á montones: cuentan que cuando le gusta una muchacha la manda traer, la mima, la agasaja, vive en su compañía; pero á la hora que la chica le fastidia ó tiene otra en puerta, lleva á la primera á un precipicio de los muchos que abundan en estas sierras, la hace voltear la espalda al desfiladero, la empuja por el pecho y la hacer caer al fondo del barranco... Por allá se ve el cuerpo flotante en el aire, y en las peñas, en los palos y en los picos se miran trozos de enaguas, sangre, algún ceñidor... Horrible ¿verdad?

La luna salía entre los sabinos del picacho próximo, opaca, tristoná, como si hubiera llorado; las hojas y las ramas se destacaban en el cielo lechoso como si éste fuera un gran lienzo gris perla, la luz que se colaba entre los troncos hacía brillar como cintas de plata los hilillos de agua que había dejado la lluvia; el silencio era inmenso; las mulas y el guía caminaban sobre un colchón de hojas secas; un perro aulló levantándose de la puerta de una choza, le siguieron diez ó doce, amarillos unos, negros otros, cafés los más, y sus matices se distinguían en la noche suave y tibia como deslavados, como aclarados, como disminuídos. Pasamonte se apeó para componer la

